

# ELOY DE LA IGLESIA: "la ambición de un cine popular"

DIEGO GALAN

**T**RECE largometrajes son bastantes para un hombre de treinta y cinco años. Largometrajes muy frecuentemente rechazados por la crítica y en ocasiones, como contrapunto, con un enorme éxito de público. Es el caso de su última obra, "El diputado", que narra las contradicciones y problemas de un diputado de izquierdas que debe seguir viviendo clandestinamente su condición de homosexual. La homosexualidad fue ya abordada por Eloy de la Iglesia en "Los placeres ocultos", aunque, de una u otra manera, la marginación o la sexualidad reprimida han sido la constante temática de su trabajo. Que ahora, con "El diputado", adquiere unas dimensiones más audaces que en títulos anteriores. Una reflexión política abierta sobre esas represiones no había sido planteada en términos tan didácticos por el cine español. Al margen de cualquier otra consideración, "El diputado" es, en este sentido, una importante novedad cinematográfica.

—En todas mis películas anteriores había intentado igualmente narrar las cosas lo más directamente posible. Pero durante el franquismo sólo podía hacerse a través de unas complicadas parábolas para las que yo no sirvo. Lo intenté una vez en "Juego de amor prohibido", pero entre su condición de película parábola y los cincuenta cortes de censura que sufrió, llegó a convertirse casi en una película reaccionaria, dándose la vuelta contra mí mismo. Desde entonces no volví a abordar plenamente una cuestión política. Sólo cuando ha podido hacerse con datos concretos, he hecho de nuevo cine político; sin elipsis, sin parábolas, sin segundas lecturas.

La osadía en los planteamientos del cine de Eloy de la Iglesia (de lo que hablamos más adelante) ha dividido totalmente la opinión crítica. Los ataques surgidos desde la que no se siente interesada por su cine rozan en muchos casos el insulto personal. Cuando menos, el cine de Eloy de la Iglesia es considerado oportunista.

—Habría que definir el término "oportunistista", porque permite un juego dialéctico bastante confuso. Oportunista, según muchos, podría ser también la primera página de los periódicos. Yo no he utilizado nunca facetas

que pudieran ser explotadas en contra de mis intenciones, digamos ideológicas. Lo que ocurre es que las cosas se hacen en un país cuando se pueden hacer. Me acuerdo que hace diez años, en un Festival de San Sebastián, apareció una teta en una película, y el público aplaudió entusiasmado. Hoy, en cambio,

cuando pueden sacarse todas las que se quieran, muchos críticos desprecian las películas en proporción directa a la cantidad de tetas que aparecen. En política está pasando algo parecido; es decir, si se hubiera podido hacer "El diputado" hace diez años, hubiera parecido de un valor asombroso. Yo creo que el térmi-

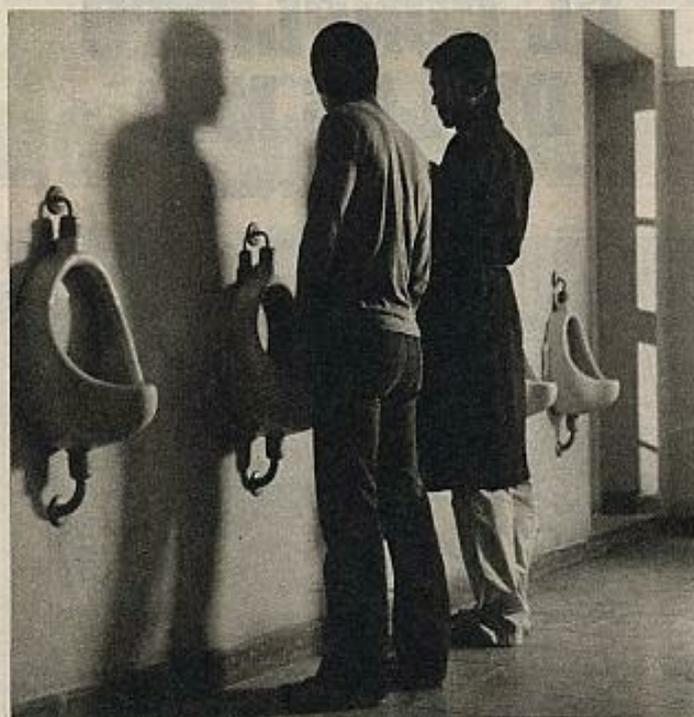
no "oportunistista" se utiliza muchas veces como muletilla, como comodín. Y eso es grave, porque a veces "es mucho más difícil derribar una palabra que una muralla".

Eloy de la Iglesia ha estado batallando contra una censura que no le dejaba decir cuanto pensaba. Películas como la citada "Juego de amor prohibido" o "La semana del asesino" sufrieron en su día una cantidad de cortes que las convertían en record de la capacidad censora del franquismo. Sin embargo, algunas de aquellas películas tenían una capacidad de sugerencia que Eloy de la Iglesia ha perdido en sus últimos títulos. Lo que se ha ganado en claridad positiva, se ha perdido en ambigüedad, y para muchos, la ambigüedad es la base del arte.

—Es una consideración clasicista del arte. Yo lo respeto, pero no puedo estar de acuerdo en valorar más la sugerencia que la expresión abierta: más el guante de Gilda que los mil polvos de "El imperio de los sentidos", por ejemplo. Esas ambigüedades pueden tener valor desde una lectura culta de las películas, pero en absoluto desde la de un público heterogéneo y popular. Creo que el cine se ha inventado desde un lenguaje sencillo, claro y directo. Desmontarlo para crear otro distinto me parece algo muy difícil y no me arriesgo a hacerlo. Yo creo que debo utilizar el lenguaje con el que compruebo que el público me entiende. No estoy dispuesto a cambiar una posibilidad de informar de algo al espectador que por un ambiguo contagio de emociones o sensaciones. Pienso que yo también sabría hacer películas de segundas lecturas o terceras lecturas, o incluso de películas en las que la lectura fuera imposible. Pero quiero informar de cosas concretas, y entonces debo recurrir al esquema narrativo. Para que de esa forma llegue al mayor número posible de gente.

Llegamos así a la difícilísima dialéctica de lo popular, obsesión de este cineasta desde sus principios. Calificado de barato, tosco y truculento, el cine de Eloy de la Iglesia ha estado, en esos términos, buscando realmente un contacto directo con el público alejado tradicionalmente del cine llamado "culto".

—Con todos los riesgos que puede sufrir el término "popu-



"El diputado", la última obra de Eloy de la Iglesia.



"Los placeres ocultos" ya reivindicaba una mejor información de la problemática homosexual.

lar" y las manipulaciones que sufre, es, sin embargo, mi mayor preocupación. Esto puede confundirse con el término "taquillero" en el sentido peyorativo de la palabra, pero es algo que se me escapa, puesto que yo no he inventado la taquilla y para que el público vea una película debe previamente pasar por ella. Respecto a los trucos, habría que establecer primero desde qué norma moral se plantea la licitud o ilicitud de los mismos. Pero desde un concepto funcional es indudable que necesitas captar la atención del público, y que cuando la captas para algo, la captas ya para todo. Cuando no lo consigues, la gente no va a ver tu película, o si lo hace, se inhibe de lo que está pasando en la pantalla. Captar la atención me parece, por lo tanto, de una funcionalidad absoluta, lo que está ya ampliamente demostrado por el cine americano. Los trucos no son más que llamadas de atención para que en ningún momento se pierda la pantalla como epicentro del interés. Que se entienda o no el resto de la información es ya un problema que depende tanto del talento con el que esté hecha la película como de la capacidad individual del espectador que la ve. El público no es una masa unidimensional. Sobre todo ahora que tenemos un público mucho más sesgado que antes. Es un público que ha elegido ir al cine en lugar de quedarse en su casa viendo la televisión, y que ha elegido también esa película y no otra. En este momento, la competencia de la cartelera es total. Ten en cuenta que hace unos meses podía verse al mismo tiempo "El acorazado Potemkin" y la última "Emmanuelle", es decir, desde el cine mudo hasta el reciente porno francés: ¡cuarenta años de cine! El público que puede acudir equivocado es mínimo. Hay que utilizar, por lo tanto, trucos de reclamo si aspiras a que vayan y a que, una vez allí, sigan con interés la información que les estás dando. Es como cuando los oradores utilizan inflexiones de voz para que se les vaya siguiendo.

—¿Y esos trucos no pueden volverse en contra de la película, como ya había ocurrido en "Juego de amor prohibido"?

—Creo haber comprobado que se aceptan las circunstancias del personaje de "El diputado", al menos por la mayor parte del público. En un programa de radio de Barcelona, al que llaman los oyentes, fue puntuada con la calificación más alta, desconocida hasta entonces. La película cumple, pues, su objetivo, puesto que esos mismos oyentes opinaban que no les importaría nada votar a un diputado homosexual.



"Trato de ver la contradicción que surge en un imaginado marxista que defiende la libertad y debe ocultar sus propias tendencias sexuales".

Sólo les importaría que sirviera al pueblo, como cualquier otro diputado de izquierdas.

—Lo que sí puede ocurrir con esta película es que algunos políticos o alguna gente vinculada a la clase política de izquierda sientan aversión hacia la palabra "homosexual"; a muchas de esas personas, en el fondo, les hubiera encantado que yo hubiera vuelto a hacer "La criatura", es decir, que el homosexual fuera un miembro de Alianza Popular. Eso sí, les hubiera divertido. Podría serlo, naturalmente, pero la película hubiera resultado totalmente diferente.

—¿En qué sentido?

—Lo que trato de ver en "El diputado" es la contradicción que puede surgir en un marxista, porque él sí debe tener totalmente superada cualquier diferenciación o variante sexual, cuando en la realidad ello no es así: la libertad se sigue parcelando de alguna manera, y ese tipo de marxistas siguen dentro de unos condicionamientos morales burgueses a la hora de hablar de sexo. En la película resulta que el hombre que lucha por la libertad

no puede ejercerla en algo tan importante como su realización sexual. Esa es la base de "El diputado" y no podría haber sido otra, porque él sí sería coherente que ocultara su homosexualidad. Resulta, sin embargo, escandaloso y terrible que lo tenga que hacer uno de izquierdas.

Eloy de la Iglesia acepta como válidas las adjetivaciones "sensacionalista", "melodramática" y "panfletaria" aplicadas a su película. Y las reivindica. Asegura que eso es precisamente lo que quería: llamar la atención hablando de cosas que la gente se calla normalmente, por vergüenza, por prejuicios. Pero si el cine popular es aquel que debe informar con una óptica honesta y justa de los problemas que nos rodean, y esta película aborda la temática homosexual, habría que preguntarse de qué forma "El diputado" ayuda a su clarificación.

—Yo creo que lo que más favorece al problema homosexual es que se hable de él al descubierto, sacando al homosexual de este tubo de laboratorio en el que es-

tá metido. Que se le muestre al público en sus contradicciones, en sus frustraciones. Y es más importante aún que se creen corrientes de opinión. En este caso, me parece que es sería la posibilidad planteada a la izquierda (que es la única que puede dar opciones progresistas a los problemas del país), para que también le dé a estos niveles, y que compruebe que la gente no se horroriza ante la película ni se marcha asustada, sino que lo ve como algo normal.

Y "El diputado", como antes "Los placeres ocultos", lo plantea desde una óptica melodramática, cuando el cine español había utilizado a personajes homosexuales sólo como forma de burla. Pero aquellas eran también películas que resultaban interesantes para el público cuando en realidad estaban deformando la realidad, le engañaban.

—Estaban hechas por directores reaccionarios, con discursos reaccionarios. Lo que se buscaba en ellas de lo popular era la alienación de lo popular. Las mías son todo lo contrario: son temas insólitos, donde se le habla al público de cosas que nadie le ha hablado antes. Porque en esas películas españolas a las que te refieres, un homosexual era, por ejemplo, un señor muy putero, que se disfrazaba de mariquita para ligarse más tías, mientras que un homosexual en mis películas es un señor que se acuesta con hombres porque le gusta hacerlo y nada más. Incido en los mismos temas, pero las informaciones que doy son contrarias a las de ese cine. La marginación, para aquellos directores, era un motivo de burla, mientras que yo trato de contemplar esa problemática desde una perspectiva sincera y liberalizadora. Mi "moral" es totalmente contraria a la de esas películas, aunque aspiro a tener la misma audiencia. Creo que de esta forma puede resumirse mi postura en el cine.

Si durante los años del franquismo él cine se dividía en películas de festivales y las "comerciales" (término que implicaba su deformación intencional), quizá esté aquí esa "tercera vía" antes soñada, y que fue también discutida, vapuleada y prácticamente suspendida. Con las excepciones de intentos de comedias de costumbres, de salnetes críticos, poco apreciados quizá en su momento, el cine español no se había abierto a la posibilidad de esta perspectiva, que, con errores, insuficiencias o torpezas, si se quiere, Eloy de la Iglesia viene desarrollando desde películas desiguales, pero apasionadas y valerosas. La temática del cine popular continúa abierta. ■